

¿POR QUÉ FRACASÓ EL ANTIGUO PACTO?



Por Joe Crews

Título en inglés: *Why the Old Covenant Failed*
Copyright © 1994 por Lu Ann Crews.
Traducción copyright © 2022 por Crosslingo.

Todos los derechos reservados.

Publicado por:

Amazing Facts International

P.O. Box 1058

Roseville, CA 95678-8058

800-538-7275

amazingfactslatino.org

Diseño de texto: Jacob McBlane

Diseño de portada: Abiola Osinjolu

Traducción: Crosslingo SP

ISBN: 978-1-95250-540-9

¿POR QUÉ FRACASÓ EL ANTIGUO PACTO?

Por Joe Crews



1. Razonemos juntos3
2. El Antiguo Pacto, no los Diez Mandamientos.... 4
3. ¿Qué era el Antiguo Pacto?6
4. El Nuevo Pacto se basa en la conversión.....8
5. No hay cambios en el Nuevo Pacto después del Calvario.....9
6. Ismael e Isaac representan dos pactos 13
7. La verdadera circuncisión no es física 15

RAZONEMOS JUNTOS

Hace algún tiempo, al terminar un sermón evangelizador, bajé de la plataforma y me apresuré hasta la puerta principal para saludar a la gente. De repente, tres jóvenes me cerraron el paso, y uno de ellos me dijo en voz bien alta: "Hermano Joe, nos decepcionó por la manera en que nos volvió a colocar bajo el Antiguo Pacto esta noche al predicar del día de reposo sabático. ¿No se da cuenta de que ahora estamos viviendo bajo el Nuevo Pacto y que deberíamos guardar el domingo y no el sábado?"

Ese joven expresó la convicción de muchos miles de cristianos en la actualidad, que creen sinceramente que los Diez Mandamientos constituyen el Antiguo Pacto que desapareció en la cruz y, por lo tanto, no tiene aplicación actual para los cristianos salvos por gracia. ¿Es esta una premisa verdadera? Si así fuera, sin duda debemos estar bien informados con respecto a esta doctrina, para evitar la trampa mortal del legalismo. Por otro lado, si los Diez Mandamientos siguen vigentes, cometeríamos el más trágico error si

descartáramos siquiera uno de esos grandes preceptos morales.

Es innegable que el Antiguo Testamento tiene declaraciones que hacen referencia a los Diez Mandamientos como un pacto; sin embargo, nuestro propósito aquí será mostrar que la ley de los Diez Mandamientos *no* era el Antiguo Pacto que se abolió.

Pero antes de profundizar en este fascinante tema, necesitamos definir qué es realmente un pacto. Hay muchos tipos y formas, pero un pacto es básicamente un acuerdo entre dos partes, basado en promesas mutuas. A lo largo de los siglos, Dios ha tratado con su pueblo sobre la base de pactos. Él es un Dios razonable y nos invita: "Vengan ahora, y razonemos" (Isaías 1:18, NBLA).

A veces, Dios entabló pactos con personas como Moisés, Abraham y David, y otras veces con la nación de Israel. El pacto más importante de todos se estableció mucho antes de que existiera este mundo. Era un pacto entre el Padre y el Hijo, y tenía que ver con la eventualidad del pecado. Jesús se ofreció a sí mismo allí en la vasta eternidad del pasado como el "Cordero que fue inmolado

desde el principio del mundo" (Apocalipsis 13:8). Accedió a convertirse en el sacrificio expiatorio para redimir al hombre, en caso de que Adán y Eva decidieran pecar.

Los términos de ese pacto eterno nunca se han modificado ni sustituido. Aunque ha habido muchos otros pactos a lo largo de los años, la simple provisión de la salvación por medio de la fe ha permanecido en vigor a lo largo de todas las edades, para toda la humanidad.

No obstante, el autor de Hebreos define el pacto que ha causado más malentendidos como el "viejo" pacto. También describe la institución de un nuevo pacto que tiene algunas ventajas sumamente importantes sobre el viejo. Así es como describe a los dos: "Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres

el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo... Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer" (Hebreos 8:6-13).

Esta descripción no deja lugar a dudas sobre el destino del pacto antiguo. Quedó anulado en favor de uno nuevo que tenía mejores promesas. Naturalmente, nos interesa saber todo acerca de ese nuevo pacto que inscribirá la ley de Dios en el corazón y en la mente. Pero también necesitamos comprender la naturaleza del pacto que desapareció. A millones se les enseñó que era la ley de los Diez Mandamientos. Se jactan de haberse liberado de la ley y afirman andar gloriosamente libres del pacto de las obras del Antiguo Testamento.

EL ANTIGUO PACTO, NO LOS DIEZ MANDAMIENTOS

¿ Es esta una postura bíblica? Es tan importante entender lo que no era el Antiguo Pacto como saber de qué se trataba. Ya mismo, veamos tres pruebas absolutas de que el pacto que desapareció no eran los Diez Mandamientos. Luego, al comparar pasaje con pasaje, determinaremos qué era el Antiguo Pacto.

En primer lugar, notamos que el Antiguo Pacto contenía algunas promesas precarias. Se nos dice que el Nuevo Pacto fue “establecido sobre mejores promesas” (vers. 6). Díganme, ¿alguien ha podido señalar alguna mala promesa en los Diez Mandamientos? Nunca. Al contrario, Pablo declara que eran muy buenas. “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Efesios 6:1-3).

Esta declaración por sí sola es suficiente para demostrar que el autor de Hebreos no acusa a la ley moral de contener promesas débiles. El

Antiguo Pacto, en todo caso, nunca podrían ser los Diez Mandamientos.

En segundo lugar, el Antiguo Pacto era defectuoso. La Biblia dice: "Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo" (Hebreos 8:7). Permítanme hacerles una pregunta: ¿Alguna vez alguien ha podido encontrar una falla o un defecto en lo que Dios escribió con su mano? El salmista afirma: "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma" (Salmos 19:7). Pablo escribió: "De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Romanos 7:12).

¿Suena eso como algo débil e imperfecto? Ninguna ley puede ser perfecta y defectuosa al mismo tiempo. Cada vez es más evidente que el Antiguo Pacto no podrían haber sido los Diez Mandamientos.

Finalmente leemos lo más dramático sobre el Antiguo Pacto: ¡sería abolido! "Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer" (Hebreos 8:13). Ahora estamos en condiciones

de hacer una pregunta seria que debería resolver todas las dudas sobre este tema. ¿Desapareció la gran ley moral de los Diez Mandamientos? Cualquiera que haya leído el Nuevo Testamento debe responder: No, en absoluto. Pablo afirma exactamente lo contrario acerca de la ley. Él preguntó: "¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley" (Romanos 3:31).

La Biblia, ¿se contradice a sí misma? ¿Puede algo desaparecer y establecerse al mismo tiempo? El mismo autor, ¿dijo cosas opuestas sobre la misma ley? Solo para estar seguros de que Pablo no estaba diciendo que el Antiguo Pacto era la ley, insertemos las palabras "Antiguo Pacto" en lugar de la palabra "ley" en Romanos 3:31. "¿Luego por la fe invalidamos el Antiguo Pacto? En ninguna manera, sino que confirmamos el Antiguo Pacto".

Eso no suena nada bien, ¿verdad? Sabemos que el Antiguo Pacto había desaparecido y nunca se podría hablar de él de esta manera. Evidentemente, entonces, podemos ver que el pacto que llegó a su fin no podría haber sido los Diez Mandamientos.

¿QUÉ ERA EL ANTIGUO PACTO?

Luego de haber estudiado lo que el Antiguo Pacto no era, ahora estamos listos para identificarlo específicamente en la Palabra. Para ello, debemos volver al libro del Éxodo en la Biblia. Muchos pasan por alto que hubo más de un pacto en el monte Sinaí. Dios llamó a Moisés al monte *antes* de entregar la ley y propuso un pacto entre él y su pueblo: "Y Moisés subió a Dios; y Jehová lo llamó desde el monte, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: [...] si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis... gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel" (Éxodo 19:3-6).

Observe la manera en que Dios le pidió a Moisés que presentara su ofrecimiento al pueblo. Aquí están presentes todos los elementos de un verdadero pacto. Se establecen condiciones y promesas para ambas partes. Si los hijos de Israel aceptaban la propuesta de Dios, se entablaría un pacto. ¿Cómo respondieron al ofrecimiento divino? "Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos

del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo" (Éxodo 19:7, 8).

Tan pronto como ellos dieron esa respuesta a Dios, se estableció la base del Antiguo Pacto. Pero antes de que pudiera ponerse en marcha formalmente, tenía que haber un sello o ratificación del pacto. Este ritual implicaba rociar al pueblo con la sangre de un becerro, y se describe en Éxodo 24:4 al 8: "Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel. Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron... becerros como sacrificios de paz a Jehová. Y Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre

del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas”.

Una vez más, se nos recuerda que este pacto no era la ley en sí, sino que se hizo “sobre todas estas cosas”. Los Diez Mandamientos eran la base del acuerdo. El pueblo prometió guardar esa ley, y Dios prometió bendecirlo a cambio. La debilidad primordial en todo el pacto giraba en torno a la forma en que Israel hizo sus promesas. Ni siquiera se sugirió que ellos no pudieran cumplir plenamente con todas los requerimientos de Dios. Tampoco hubo ninguna petición de ayuda divina. “Podemos hacerlo”, insistieron. Este es un ejemplo perfecto de cuando nos apoyamos en la carne y confiamos en la fuerza humana. Las palabras están llenas de confianza propia. “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos”.

¿Pudieron cumplir esa promesa? A pesar de sus repetidas afirmaciones, faltaron miserablemente a su palabra antes de que Moisés pudiera siquiera bajar del monte con las tablas de piedra. ¿Empezamos a ver dónde estaban las pobres promesas del Antiguo Pacto?

El libro de Hebreos comienza a revelárnoslo. Allí se informa que Dios "los reprende" (Hebreos 8:8). Él dijo: "Porque ellos no permanecieron en mi pacto, yo me desentendí de ellos" (vers. 9). La culpa recae directamente sobre el lado humano del pacto recíproco. Por lo tanto, podemos ver exactamente por qué Pablo escribió de esa manera acerca de este Antiguo Pacto en Hebreos 8. Conducía a la esclavitud, resultaba defectuoso, se basaba en malas promesas y desapareció; todo porque el pueblo no cumplió con su parte del pacto. Al considerar todo este panorama, podemos ver por qué se necesitaba desesperadamente un nuevo pacto que se basara en mejores promesas.

¿En qué medida las promesas del Nuevo Pacto eran mejores? Porque Dios las hizo, y ellas garantizaban una obediencia exitosa solo por medio de su fortaleza. "Pondré mis leyes en la mente de ellos... seré a ellos por Dios... seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades" (Hebreos 8:10-12).

¿Cómo se ratificó el Nuevo Pacto? Así como se confirmó el Antiguo: con derramamiento de

sangre. Pero en lugar de que un becerro tuviera que derramar su sangre, el Hijo de Dios sin pecado aportaría la sangre para asperjar: "Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo" (Hebreos 13:20, 21).

¡Qué contraste con las débiles promesas de la carne que hizo Israel en el Sinaí! En lugar del "haremos todas las cosas" que expresó el pueblo, la promesa del Nuevo Pacto de Dios es hacernos "aptos en toda obra buena... haciendo él en vosotros". Ya no se trata de un esfuerzo humano. Ya no es tanto nuestra obra, sino "haciendo él" en nosotros. ¿Y cómo se pone a disposición este poder? "Por la sangre del pacto eterno". Por lo que hizo Jesús en la cruz.

EL NUEVO PACTO SE BASA EN LA CONVERSIÓN

Esto nos lleva al corazón mismo de la ejecución del Nuevo Pacto. La obediencia es

posible gracias a que Dios escribe su ley en el corazón. Por medio de la regeneración espiritual, la mente y el corazón se transforman. Cristo entra realmente en la vida del creyente y le imparte su poder para obedecer. Al participar de la naturaleza divina, hasta el ser humano más débil comienza a vivir la vida de Jesucristo, al manifestar su victoria y crucificar la carne.

Pablo describe esa transacción de esta manera: "Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Romanos 8:3, 4).

La palabra justicia es "dikaima", que significa "requerimiento justo" de la ley. En otras palabras, gracias a la vida sin pecado de Jesús en la carne, las estipulaciones de la ley pueden cumplirse en nosotros. Él venció el pecado en la misma clase de cuerpo que tenemos nosotros, para poder impartirnos esa victoria. Él efectivamente vivirá su vida santa, apartada del pecado, en nuestro

cuerpo terrenal, si se lo permitimos. Esta es la promesa del Nuevo Pacto para todo hijo de Dios que cree y confía en él. Y es absolutamente la única manera en que alguien puede cumplir con las estipulaciones de la ley: "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Colosenses 1:27). "Y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2:20).

Es de suma importancia que comprendamos que la ley del Nuevo Pacto escrita en el corazón es exactamente la misma ley que fue grabada en piedra. Esos grandes principios espirituales reflejan el carácter mismo de Dios y forman la base de su gobierno. La diferencia no está en la ley, sino en la ministración de la ley. Escrita solo sobre tablas de piedra, únicamente puede condenar y ministrar muerte, "por cuanto los designios de la carne no se sujetan a la ley de Dios" (Romanos 8:7). Al recibirla en el corazón que se ha vuelto espiritual por la gracia transformadora de Cristo, la misma ley llega a ser un deleite. Juan el amado declaró: "Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son

gravosos" (1 Juan 5:3). Para el hijo de Dios lleno del Espíritu, la ley deja de ser penosa y la obediencia se convierte en una posibilidad gozosa. El salmista escribió: "El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón" (Salmo 40:8).

NO HAY CAMBIOS EN EL NUEVO PACTO DESPUÉS DEL CALVARIO

Dado que el Nuevo Pacto fue ratificado por la sangre de Cristo, obviamente no pudo haber entrado en vigencia hasta después de que Jesús murió en la cruz. No debemos pasar por alto este hecho crucial. La vida o la muerte eterna podrían depender de la comprensión adecuada de este punto clave. Pablo escribió: "Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive" (Hebreos 9:16, 17). La palabra "testamento" tiene la misma connotación que la palabra "pacto". Solo después de que la muerte haya ratificado la última voluntad y el testamento de un hombre, se pueden ejecutar las cláusulas.

De la misma manera, el pacto o testamento de Cristo comenzaría a aplicarse al momento de confirmar el pacto con su muerte en el Calvario.

Otro texto que no deja lugar a dudas sobre este tema: "Hermanos, hablo en términos humanos: Un pacto, aunque sea de hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida, ni le añade" (Gálatas 3:15). Pablo está diciendo aquí que, después de la muerte de un hombre, su voluntad o pacto no puede cambiarse. No se puede agregar algo nuevo después de la muerte del testador. El pacto permanece para siempre exactamente como estaba cuando murió el testador. Después de la muerte de Cristo, no se puede hacer ningún cambio en sus provisiones para salvar a la humanidad. Todas las cláusulas fueron selladas y ratificadas con derramamiento de sangre. El modelo perfecto de su vida sin pecado determinó claramente cada estipulación, y se hizo provisión para que el Espíritu Santo escribiera su ley magnificada en la mente de cada creyente.

Bajo los términos de este Nuevo Pacto, no quedaría ni una sola persona luchando indefensa frente a los poderosos impulsos de la naturaleza

caída. "Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (Romanos 5:20). Las promesas eternas cimentadas en la naturaleza inmutable de Dios proporcionarían poder para superar cada debilidad heredada y cultivada. ¡No es de extrañar que la Biblia enfatice las "mejores promesas" de este pacto nuevo y glorioso!

Ahora es fácil entender algunas cosas que hizo Jesús justo antes de morir. Por ejemplo, ¿por qué instituyó la Cena del Señor antes de que su cuerpo fuera quebrantado? El jueves por la noche, antes de su agonizante muerte el viernes, Jesús se reunió con sus discípulos en el aposento alto. Sosteniendo la copa en sus manos, dijo: "Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados" (Mateo 26:28).

¿No es curioso que Cristo expresara estas palabras antes de derramar su sangre? ¿Estaba instaurando una conmemoración para un acontecimiento que ni siquiera había sucedido todavía! ¿Por qué? Porque esta observancia tenía que instituirse antes de su muerte, para que entrara

bajo el Nuevo Pacto. No se podía agregar nada después de su muerte.

Ahora, volvamos a la historia que comencé a relatar al principio del libro. Acababa de terminar de predicar sobre el tema del sábado en una de mis cruzadas de evangelización. Cuando bajé de la plataforma para saludar a la gente que se retiraba, tres jóvenes me cerraron el paso en el pasillo. Uno de ellos se dirigió a mí con voz bien audible como para que unas cincuenta personas que estaban cerca del frente del auditorio se detuvieran a escuchar.

"Hermano Joe", me dijo, "nos decepcionó por la manera en que nos volvió a colocar bajo el Antiguo Pacto esta noche al predicar del día de reposo sabático. ¿No se da cuenta de que ahora estamos viviendo bajo el Nuevo Pacto y que deberíamos guardar el domingo y no el sábado?"

Aunque la mayoría de la congregación estaba saliendo del edificio, el grupo más cerca del frente se acercó para escuchar todo lo que decían los jóvenes. Era obvio que tendría que tomarme el tiempo para responder la desafiante pregunta de este trío. Como sospechaba, resultaron ser

jóvenes seminaristas que estudiaban en un instituto bíblico local. Sostenían ávidamente la Biblia en la mano, expectantes a que yo les respondiera.

Por lo general, no me gusta debatir asuntos controvertidos en un foro público, por temor a despertar naturalezas combativas, pero al parecer no había forma de no responderle a estos estudiantes ministeriales. De todos modos, me habían bloqueado totalmente el paso, y el círculo de oyentes me miraba con expectativa, en busca de alguna explicación.

—Bueno, parece que han estudiado el tema de los pactos con bastante profundidad —sugerí.

—Oh, sí —afirmaron—, sabemos todo acerca de los pactos.

—Bien —les respondí—. Sin duda, saben cuándo se instituyó el Antiguo Pacto.

Uno de ellos habló rápidamente:

—Se inició en el monte Sinaí.

—¿Y cómo se ratificó? —le pregunté.

Sin dudarlo uno de ellos respondió:

—Por la aspersion de la sangre de un becerro.

—Muy bien —comenté—, ¿y cómo se ratificó el Nuevo Pacto?

Los tres corearon la respuesta:

—Por la sangre de Jesús en la cruz.

Felicité a los jóvenes por su conocimiento de las Escrituras y les pedí que me leyeran dos versículos de su propia Biblia: Hebreos 9:16 y 17, y Gálatas 3:15. Respondieron con entusiasmo a la invitación y leyeron los versículos, y comentaron cada uno después de leerlos.

—Estamos de acuerdo en que el Nuevo Pacto no entró en vigencia hasta después de la muerte de Cristo, y no se puede agregar ni quitar nada después de que él lo ratificara en la cruz —afirmó el portavoz del grupo.

Los tres asintieron enfáticamente con la cabeza sobre este punto.

—Ahora, respóndanme dos preguntas más —les dije—. Esta es la primera, y deben pensar detenidamente para poder darme la respuesta correcta: ¿Cuándo comenzó la observancia del domingo?

Hubo un momento de silencio incómodo, y luego otro, y otro. Los muchachos se miraron el uno al otro, luego a sus pies y luego a mí. Los animé amablemente a que respondieran:

—Seguramente ustedes pueden responder a esta pregunta. Todas las demás las conocen, y las respondieron correctamente. ¿Cuándo y por qué creen que la gente empezó a guardar el domingo?

Finalmente, uno de ellos dijo:

—Guardamos el domingo en honor a la resurrección de Jesús.

—Entonces, debo hacerles mi última pregunta —les dije—. ¿Cómo es que la observancia del domingo podría formar parte del Nuevo Pacto? Ustedes acaban de afirmar que no se puede agregar nada después de la muerte de Cristo. Él murió el viernes y resucitó el domingo. Si el domingo se agregó después de la muerte de Jesús, nunca podría formar parte del Nuevo Pacto, ¿verdad?

Los tres jóvenes arrastraron los pies, miraron impotentes a su alrededor y uno de ellos dijo:

—Estudiaremos esto y hablaremos con usted más adelante.

Luego huyeron de ese auditorio tan rápido como pudieron. También puedo asegurarles que nunca más volvieron a hablar sobre los pactos.

El hecho es que la observancia del domingo, aunque hubiera comenzado el día de

la resurrección, habría sido tres días demasiado tarde para entrar en el Nuevo Pacto. Tanto la Biblia como la historia prueban que la iglesia apostólica nunca observó el domingo. Se añadió muchísimo más tarde, como resultado de la apostasía gradual que se desarrolló en los primeros siglos de la iglesia y que culminó con la incorporación pagana de Constantino en el 330 d.C.

Millones de miembros de la iglesia moderna consideran el domingo como un día sagrado que conmemora la resurrección de Cristo. Por supuesto, es verdad que Cristo resucitó el primer día de la semana, pero en ninguna parte de la Biblia se nos ordena santificar ese día. Los acontecimientos de la crucifixión y la resurrección deberían significar mucho para todo cristiano, pero la Biblia no da ni un solo indicio para observar el viernes o el domingo. El único día ordenado para la adoración semanal es el séptimo día de la semana, el mismo día de reposo que Jesús guardó durante la semana de la creación y el que guardará con su pueblo por toda la eternidad (Génesis 2:1-3; Isaías 66:22, 23).

La razón más poderosa para rechazar la adoración dominical es que no estaba incluida en las estipulaciones del Nuevo Pacto que Jesús ratificó con su muerte. Si Cristo hubiera deseado que su resurrección se conmemorara con la observancia del domingo, podría haberla instaurado ese mismo jueves por la noche en la Última Cena. Entonces, habría pasado a formar parte del Nuevo Pacto, junto con el servicio de Comunión y el lavamiento de los pies. Jesús no dudó en ordenar la conmemoración de su muerte, aunque todavía no había sucedido. Con la misma facilidad, bien podría haber ordenado la observancia de su resurrección, que aún estaba en el futuro, para que pudiera convertirse en una de las estipulaciones del Nuevo Pacto. *¡Pero no lo hizo!* Y nadie más lo hizo tampoco, hasta que comenzó a cumplirse la profecía de Pablo acerca de una apostasía que vendría después de su partida (Hechos 20:29, 30). También habló de una apostasía que conduciría a la entronización del Anticristo (2 Tesalonicenses 2:3, 4). Pero es cierto que, en las Escrituras, no hay indicios de ningún cambio en la ley. La ley moral inmutable

fue preservada en el Antiguo Pacto y en el Nuevo Pacto como la revelación perfecta de la voluntad de Dios.

ISMAEL E ISAAC REPRESENTAN DOS PACTOS

Con estos antecedentes, ahora estamos preparados para examinar Gálatas 4. Muchos quedan confundidos con la alegoría que Pablo usó para ilustrar el Antiguo y el Nuevo Pacto. Esto dijo al respecto: "Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud" (vers. 22-25).

Pablo retrata a Isaac e Ismael, los dos hijos de Abraham, como representantes del Antiguo Pacto y del Nuevo Pacto. Muestra claramente que el hijo de Agar, Ismael, simboliza el Antiguo Pacto, y el hijo de Sara, Isaac, es un tipo del Nuevo Pacto.

“Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa... De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre” (vers. 28-31).

Interesante. ¿Cómo representan los dos pactos a esos hijos de esas dos mujeres? En realidad, son una ilustración perfecta que coincide con todo lo que hemos aprendido hasta ahora. Dios le había prometido a Abraham un hijo con su esposa Sara, pero debido a que ella tenía casi 90 años, ninguno de ellos creía que tal cosa pudiera suceder. Sara sabía que su útero estaba muerto y que ya había pasado la edad para tener hijos. Entonces, sugirió que su esposo tomara a Agar, su sierva, y tuviera un hijo con ella. Parecía la única forma de rescatar a Dios de una promesa imposible. Con el tiempo, Abraham cedió a la maniobra para salvar las apariencias y tuvo un hijo de Agar.

Aquí tenemos una ilustración exacta del principio del Antiguo Pacto, que afirmaba: “Haremos”. Abraham trató de resolverlo en la carne, de acuerdo con el esfuerzo y la planificación humanos. El antiguo arreglo fracasó tan ciertamente como

fracasaron las promesas del Antiguo Pacto, porque este no dependía del poder divino. Dios nunca reconoció a Ismael como la simiente prometida.

Cuando nació Isaac, fue un milagro. Dios realmente creó una nueva vida a partir de un útero biológicamente estéril. Las imposibilidades físicas cedieron al poder creativo y sobrenatural de Dios. Isaac representa perfectamente el principio de la relación del Nuevo Pacto que se basa en la regeneración, la experiencia de un nuevo nacimiento, que engendra la vida del Hijo de Dios en todos los que creen. El útero natural y físico de Sara era totalmente incapaz de producir algún fruto. De la misma manera, el cuerpo y la mente naturales y carnales de un pecador no pueden producir el fruto de la obediencia. Cuando Dios usó su poder para crear una nueva vida dentro de Sara, sucedió lo imposible y ella dio a luz un hijo. Cuando Dios usa su poder para crear nueva vida en el alma, lo imposible vuelve a suceder: un ser humano se vuelve espiritual y obediente.

Isaac no "nació según la carne", sino "según el Espíritu" (Gálatas 4:29). Dado que el hombre es carnal y "débil en la carne", no tiene poder para

alcanzar la justicia de la ley. Él también debe nacer del Espíritu. Todo intento de obedecer sobre la base del esfuerzo humano del Antiguo Pacto producirá únicamente hijos de esclavitud. El Espíritu Santo debe escribir la ley en el corazón y "Cristo en vosotros" la cumplirá.

Esta alegoría de Agar y Sara aclara otra verdad muy importante. Aquellos que están bajo el Antiguo Pacto son los que violan los mandamientos, y los que están bajo el Nuevo Pacto son los que guardan los mandamientos. Recién cuando Abraham desobedeció a Dios al tomar a Agar, cumplió el principio del Antiguo Pacto. Cuando confió en que Dios le daría un hijo por medio de Sara, estaba siendo obediente a la voluntad de Dios y representa adecuadamente a los cristianos del Nuevo Pacto. Sin embargo, ¡cuán a menudo los intérpretes modernos confunden estos hechos! Como los tres jóvenes predicadores, acusan a quienes guardan la ley de estar bajo el Antiguo Pacto. Pero la verdad es exactamente lo contrario. La ley no se observa realmente hasta que está escrita en el corazón del creyente transformado. Entonces, se convierte en la marca de

identificación, el símbolo del amor, para aquellos que nacen del Espíritu. Jesús dijo: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15). Juan escribió: "Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos" (1 Juan 5:3).

LA VERDADERA CIRCUNCISIÓN NO ES FÍSICA

¿Alguna vez se ha preguntado por qué Dios le dio la circuncisión a Abraham como señal del Antiguo Pacto? ¿No parece ser una forma bastante burda de representar un acuerdo tan importante? Piénselo por un momento, y tal vez empiece a cobrar mucho sentido. Dios le dio a Abraham la señal de la circuncisión para recordarle cómo falló al confiar en la carne. A lo largo de las Escrituras, la circuncisión física está relacionada con la dependencia de la carne. Pablo escribió: "Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne" (Filipenses 3:3).

Pablo estaba comparando la verdadera circuncisión con "la llamada circuncisión". El acto de cortar la carne no era para nada la

verdadera circuncisión: "Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios" (Romanos 2:28, 29). Observe cómo Pablo va de la carne al Espíritu. Él afirma que la verdadera circuncisión se da en el corazón, y esta exalta lo que hace Dios, no el hombre. Es la amputación de la naturaleza carnal mediante la conversión. El nuevo nacimiento es la verdadera experiencia de la circuncisión.

La explicación más clara se encuentra en la epístola de Pablo a los Colosenses: "En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo" (Colosenses 2:11).

Esta obra espiritual de Cristo en el corazón se llama circuncisión. Se realiza sin manos, lo que indica que ningún esfuerzo humano podría realizar este acto. No se trata de amputar la carne física, sino de amputar la naturaleza carnal del pecado

por medio de Cristo que habita en nosotros. Estará a disposición de todos exactamente sobre la misma base: "Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (Gálatas 3:29). Todos los que reciben a Cristo se convierten en herederos de todas las promesas hechas a Abraham. Quienes experimentan la verdadera circuncisión del corazón integran los verdaderos judíos.

Ya nadie puede jactarse de pertenecer a la familia física adecuada. No hay más judío ni gentil, hombre ni mujer. La aceptación se basa en la fe personal en Jesucristo como Salvador. Ningún hombre puede reclamar un favor especial por cortar el prepucio físico de la carne. Esas cosas las hacían quienes basaban todo en el "haremos". Procuraban la justificación y la salvación por medio de las obras de la carne. El nuevo plan de Dios en Cristo no es de obras, sino de gracia mediante la fe.

¿Significa esto que las obras ya no son importantes? Dado que la ley no puede justificar, ¿debería ser abolida por el creyente? La doctrina de los pactos establece, sin lugar a dudas, que la

ley es tan importante bajo el nuevo como bajo el antiguo. En lugar de estar grabada en piedra, está escrita en el corazón. En lugar de que nosotros la cumplamos, Jesús la cumple en nosotros. En lugar de guardar la ley para ser salvos, la guardamos porque somos salvos. Las mismas obras de obediencia están ahí, pero están ahí por una razón diferente y con una finalidad diferente.

A veces, sin darnos cuenta, podemos comenzar a confiar en nuestra ronda tradicional de ejercicios religiosos mucho más de lo que deberíamos. Ningún sistema de méritos debe obstruir los canales libres de la fe, el amor y la gracia. La obediencia en su lugar adecuado es importante y necesaria, pero siempre debe estar en esa posición: luego de la gracia y acompañada por el amor.

De hecho, es posible volver a estar bajo el Antiguo Pacto incluso hoy si comenzamos a confiar en nuestras obras para salvarnos. Así como los santos de la antigüedad podían recibir la verdadera circuncisión al aceptar la regeneración espiritual, nosotros podemos caer bajo el Antiguo Pacto si confiamos en la carne para salvarnos.



¡Visite nuestro sitio web
amazingfactslatino.org
y consulte nuestro catálogo
que cuenta con una variedad de
libros, revistas, DVDs, y mucho más!
o llámenos al 800-538-7275.

No se pierda nuestro curso
GRATUITO en línea sobre
Profecía Bíblica en
es.amazingbiblestudies.com
Inscríbese hoy y
¡descubra respuestas bíblicas reales
a sus preguntas más difíciles!